



SITUANDO

LA TEOLOGÍA

Ernesto Bravo S. I.

«*De reductione artium ad theologiam*» es el título —ambicioso— de uno de los tratados de San Buenaventura, y fue el ambicioso programa de la gran época teológica en el siglo XIII; programa que, en cuanto significa afán de unidad, es la gran aspiración de toda la actividad del espíritu humano cuando llega al apogeo de una edad o al apogeo de un genio.

Toda la Edad Media, con sus aportes de diversa índole, fué preparando la realización de este programa, hasta que en la poderosa inteligencia de Santo Tomás de Aquino halló estas dos razones de ápice y nos dió, en arquitectura maravillosa, la *Summa Theologica*, conjunto orgánico sistematizado y racional de la sabiduría humana mirada con la luz de Dios, obra perenne, verdadero «*ktema es aiet*» con más verdad todavía que en el severo y profundo historiador ateniense.

Pero, tras las síntesis, es forzoso que se vuelva a la disgregación y a las especializaciones particulares, y la Segunda Edad de Oro de la Teología nos da figuras señeras y penetrantes, que, ahondando puntos particulares, dan sí mayor solidez y fundamentación al edificio todo, pero son genios analíticos más bien que sintéticos.

Entre tanto, todo el auge de las ciencias experimentales, unido al frío del laicismo de las inteligencias, fue disminuyendo el prestigio de la Teología. No interesaba una cien-

cia que, sobre tratar de asuntos poco tangibles, se presentaba además encerrada en extrañas categorías de pensamiento con fórmulas herméticas para todo un mundo intelectual, para el que no debía estar cerrada.

La filosofía heterodoxa seguía especulando sus errores, pero sus refutaciones se escribían en un lenguaje que ni los corifeos ni sus secuaces y turiferarios podían entender. La teología parecía la ciencia —si es que se le quería conceder tal nombre y tal honor— la ciencia de los retrasados mentales que todavía aceptaban los supuestos que las ciencias modernas estaban de acuerdo en rechazar...

Y, sin embargo, ¿qué es la teología sino el más audaz intento por aprisionar el sentido de la Verdad de Dios y por expresarla en lenguaje humano? Es decir, la ciencia de los espíritus más atrevidos.

Sabiduría y unidad

Perdida la luz de Dios, las filosofías contemporáneas se han extraviado en un absurdo laberinto de sistemas donde ya sólo se ve humear el sacrificio humano ofrecido en los altares del Moloc bárbaro de la Angustia.

Nuevamente se vuelve a sentir la necesidad de la unidad: la inteligencia humana

atrozmente fragmentada en una innumerable multiplicidad de imprescindibles especializaciones, siente —abrumadora y acuciante— la necesidad de una síntesis final conseguida desde las insustituibles perspectivas de auténtica sabiduría. «*Sapientis est ordinare*» nos amonesta Santo Tomás después de Aristóteles. Al sabio es a quien toca ordenar y jerarquizar.

¿Estará hoy la teología en condiciones de llenar este papel que tuvo en otra época? ¿qué garantías tiene la teología y qué respaldo, para ofrecerse nuevamente como la *sabiduría* que da la razón última y explica las actividades del entendimiento dándoles una especial seguridad, impidiéndoles desviarse de la Verdad; la que da sentido al acontecer humano con la verdadera y más honda interpretación de los caminos de la historia y del multiforme peregrinar del hombre sobre esta piel rugosa y abigarrada de la tierra?

«La teología es la ciencia de las cosas divinas»... y nos parece que sólo puede representar especulaciones difíciles, abstractas y sobre todo estériles, sin ningún contacto con la vida real. ¿Qué soluciones vitales podrá aportar para los problemas cotidianos? ¿cómo podrá interesarse por ella el hombre de esta época tan crudamente experimental y positiva? Porque es evidente que la nuestra no es una época preponderantemente metafísica; el tipo de metafísica que ella ha producido —el existencialismo— todo él se orienta hacia lo fenomenológico y concreto.

La escala de la Visión

No. La teología no es tan sólo la sutil abstracción que buscaría una mente filosófica; es también y sobre todo, una valoración, un juicio, un criterio de las cosas humanas en cuanto se relacionan con Dios. Es simplemente *la valoración y el criterio* de las cosas humanas. Porque es pensar y enjuiciar el mundo según el pensamiento divino. La teología es, como vamos a explicarlo, la mirada de Dios comunicada al hombre, es la ciencia divina recibida por el hombre y elaborada a la luz de la fe.

Como nota muy bien San Buenaventura, al teología es la escala prodigiosa de la Visión,

que, si llega con su ápice al cielo, con su pié se asienta firme sobre la tierra. (1)

Si consideramos que el hombre está elevado sobrenaturalmente a la vida divina, la teología es la única verdadera sabiduría total, porque es la única que estudia esta última razón de ser y las consecuencias que se derivan de esta sobrenatural elevación.

Con esto volvemos a recoger los haces dispersos de nuestra exposición. «Todos los misterios sobrenaturales del cristianismo están en relación con el destino del hombre» ha dicho Scheeben y entonces su estudio deja de ser la abstracción de conceptos alambicados y remotos para convertirse en el tema más apasionante, en el único tema que puede interesar, porque da la explicación y la orientación de todas las acciones y movimientos del hombre.

El fin último sobrenatural —único asequible para el hombre en el plan actual de la ordenación divina— y todo el mundo sobrenatural a él subordinado, está por definición fuera del alcance de la razón natural filsofante. Así se explica que los sistemas naturales o naturalistas, carentes de este dato fundamental, o sean incompletos y lleguen con sus especulaciones sólo a medio camino, o sean simplemente falsos y desviados.

El primer principio

Se impone la necesidad —absoluta, vital, imperiosa— de una ciencia que toda ella se fundamente precisamente en esta verdad y, partiendo de ella como de principio primero, elabore y construya todo su edificio doctrinal. Pues bien, tal es la teología.

El teólogo va a levantar toda la ciencia teológica partiendo de los principios de la fe que le revelan el misterio de la naturaleza divina y, derivando de ella, el sentido de su propio destino integrando así su cimentación científica de cuanto no es Dios en torno de un primer principio del saber: Dios como Fin Último. La vida eterna, la vida de Dios participada al hombre viene así a desempeñar en el dominio de la acción el mismo papel uni-

(1) *Breviloquium*, Prol. 3,2.

versal, absolutamente primero, que el principio de identidad desempeña en el problema crítico.

También aquí se trata de *decir sí a la vida*, como quería Nietzsche. Pero es ésta una vida superior, más rica: es la vida sobrenatural, la vida eterna.

Si el hombre viene de Dios y por su actual destinación va a Dios, es de primordial urgencia hacer descender sobre todos los problemas de la vida la luz de Dios, y si el único fin posible para el hombre es su destino eterno, es dato imprescindible el mantener en medio de las agitaciones de los hombres la primacía de lo eterno —principio arquitectónico primero de toda construcción mental, existencial, histórica o vital—.

Ninguna actividad, ninguna ocupación, ningún poder terreno tiene derecho de apartar o torcer a una persona humana de su último fin. Todo movimiento humano, comercial, financiero, intelectual, artístico, político económico y aun recreativo, en el plan actual de la providencia, ha de concurrir a formar en el hombre terreno el contemplativo de la Trinidad. Ni un sólo átomo se desplaza en el Universo que no esté ordenado al mayor bien de los predestinados, como nos lo ha enseñado San Pablo (Rom 8 28-29).

Tal es el punto de mira altísimo en que se sitúa la teología y en esta almenada torre de observación todo llega a la plena unidad de síntesis que el pensamiento humano necesita.

Las claves de la Historia

Por más penetrante que fuera la inteligencia a que el hombre llegara de la naturaleza de las cosas, naturalmente jamás podría descubrir por sí los caminos de la Providencia y los planes con que Dios rige y gobierna el mundo, los designios con que Dios orienta al hombre —lo hemos expuesto ya—. ¿No son éstas, sin embargo, las claves de la Historia y el substrato más hondo en que se resuelve la filosofía de la misma, que de otro modo sería un rompecabezas absurdo e incoherente?

Por esto fué necesario que Dios nos revelase algunas cosas de Sí mismo que, inasequibles al entendimiento natural, son el fon-

do de explicación y razón de ser del hombre mismo dentro de la Historia y economía sobrenatural presente. Fué necesario..., pero Dios con su Revelación rebasó cuanto el hombre hubiera podido esperar y desear de la fulgurante luz sobrenatural.

Esta luz y Revelación de Dios, que es el objeto propio de la teología, la convierte, como hemos dicho, en la norma y guía más rica y esplendorosa del saber humano, pues abarca todo el plan divino que rige al mundo natural y al mundo sobrenatural.

Este aspecto verdaderamente potente y gigantesco de la Religión Católica era el que tanto seducía, a fuer de esteta, al original filósofo y poderoso literato Jorge Santayana, que se complacía en señalar la portentosa epopeya que componía el catolicismo con su enseñanza teológica, desde los orígenes de la humanidad en Dios, hasta que, tras soberbios y sublimes incidentes dramáticos, volvía todo a cerrarse en Dios con la glorificación y justificación de sus caminos providencialistas. (2)

Y ya antes que él es San Buenaventura el que en su maravilloso *Breviloquium* admira en el mundo, tal como nos le presenta la Revelación y la teología, un espléndido y bien elaborado poema, «*ad modum cuiusdam pulcherrimi carminis ordinati*», lleno de la amplitud, profundidad y sublimidad de Dios y su saber.

Posición de la teología

Tratemos de estrechar un poco más los círculos de nuestro estudio alrededor de la naturaleza misma de la teología y de sus elementos e integraciones.

El punto mismo de partida de la Teología —la fe— ¿no constituye una invasión de lo arracional injuriosa para la razón? ¿qué aportes podrá hacer a la razón una ciencia que empieza negándole sus fueros? Los mismos escolásticos ¿no relegaron la razón y la filosofía a la condición de esclava de la teología, *ancilla theologiae*?

Al acabar «*los Misterios del Cristianismo*» —obra magistral que no sin razón ha sido calificada como «la más atrevida, profunda y

(2) Cfr. *Razón y Fe*, 146 (1952), pp. 302-304.

genial que ha producido la nueva teología alemana» (3)— trazó M. J. Scheeben en páginas admirables un verdadero himno a la teología, precisamente en sus relaciones con la razón y el saber humano.

Descartemos en primer lugar aun la posibilidad de disentimiento y contradicción entre las verdades de la razón y las que la teología nos enseña de la fe y la Revelación. El motivo hondo y decisivo es el que apunta el Concilio Vaticano: siendo uno mismo el Autor de la luz de la razón y de la Revelación de los misterios de la fe — Dios — no puede contradecirse a Sí mismo. La razón, en el ámbito propio de sus especulaciones, puede tener este respaldo y este valladar: cualquier aserción que plantee, si contradice a la Verdad revelada por Dios, no puede ser sino falsa, y el proceso mental que llevó a tal término, en alguno de sus meandros lógicos estaba evidentemente viciado y habrá que rehacer el camino en busca del punto de desviación. (4)

Fuera de este caso de aparente colisión, es amplió el terreno en que, hermanadas la fe y la razón, se prestan mutuo auxilio y entre las dos contribuyen a edificar la sabiduría suprema del hombre.

El trono de la fe

Dios comunica por la Revelación al hombre su propia ciencia y en ella las verdades que el hombre necesita conocer para alcanzar su destino. Es el don de la fe.

En virtud de este don sobrenatural conferido al hombre, su razón no ha de trabajar solamente para sí en la investigación de las cosas naturales, trabaja también y sobre todo para elevar un trono a la fe y para hacer servir su ciencia natural como un espejo del conocimiento superior que le comunica la fe.

La razón distinguirá los hechos por los que la Revelación se le presenta, los examinará a fondo y encontrándolos razonables abrirá a la fe la puerta del alma. No es la razón misma quien la introduce, es verdad; es la

voluntad quien determina al entendimiento a adherirse a la verdad revelada y coloca así a la fe en su trono. Pero, para que la voluntad sobrelevada por la gracia, libremente impere el acto de fe, ha sido necesario que la razón pruebe previamente sus fundamentos y muestre como eminentemente racional esta aceptación.

Esto determina un estado gnoseológico especial que no es reductible a la evidencia, pero que no por eso excluye la certeza, antes llega a una certeza superior por los caminos de la aquiescencia a un respaldo más seguro que la evidencia: el entendimiento, al aceptar la fe, adquiere esta certeza que excluye todo temor y toda posibilidad de error porque asiente a la verdad de Dios que ni puede engañarse, ni puede engañar. (5)

Una vez recibida la Revelación y entronizada la fe, prosigue la labor de la inteligencia con el aporte de sus nociones naturales en un afán por aclarar los términos de las verdades que son el objeto de la fe. Aplica sus facultades combinatorias y discursivas a descubrir la conexión entre estas verdades, el fundamento que las unas puedan prestar para el desenvolvimiento de otras y contribuir al edificio total en todos sus aspectos, con la riqueza toda de sus consecuencias así lógicas como prácticas. (6)

¿Esclava o Esposa?

Al término de este proceso se sorprende y se admira la razón natural al encontrarse más capacitada para dominar su propio campo, con nuevos estímulos para ahondar en él, con menor posibilidad de error, enriquecida en sí misma con un cúmulo de verdades que por otro camino jamás habría adquirido. Está, no degradada, sino ennoblecida y elevada.

Si en estas funciones que la razón desempeña respecto de la fe y la filosofía respecto

(5) Conc. Vat. ses. 3, cp. 3: Dz. 1790.

(6) En todo esto, suponemos, como es obvio, la unidad en una sola ciencia, de la teología dogmática y la teología moral que sólo razones de comodidad o método pedagógico pueden separar en la enseñanza, pero que de hecho deben ir íntimamente coordinadas siendo mutuamente la una justificación, base y explicación de la otra.

(3) M. Grabmann, *Historia de la Teología Católica*, Milán, 1939. pg. 333.

(4) Conc. Vat. ses. 3, cp. 4: Dz. 1797.

de la teología pueden reconocerse los oficios de una *ancilla* o sierva, Scheeben, quizá con más acierto, nos sugiere ver en ellos el papel de la esposa en este superior connubio de la mente humana con la Divina Revelación.

La razón, como esposa de la fe, sobrenaturalmente elevada, recibe en sí y desarrolla le germen de la Revelación para elaborar de este modo el conocimiento teológico de los misterios de Dios. La razón por sí no puede engendrar sin este germen fecundante de la fe que le comunica los principios y el criterio nocional, o sea, la norma de aplicación de los mismos. Sin la razón, la fe no puede desarrollar su contenido.

Remontándose más, nos muestra la sorprendente analogía, digamos mejor, el sublime ideal que tiene esta unión de la razón y la fe —al igual que el de la naturaleza y la gracia— con el más noble y puro de los seres humanos; la purísima Virgen de Virgenes y el Espíritu Santo; unión por la cual ella llegó a ser la Madre de la Sabiduría personal Encarnada.

En el seno de María, la Sabiduría recibió su vestido de humildad, su *forma servi*, que luego se transformaría en *forma gloriosa Dei*; así ahora la razón presta a la Revelación su vestido sin brillo pero destinado a convertirse, con el *lumen gloriae*, en la esplendorosa visión intuitiva de Dios.

La vocación a la maternidad divina de humilde sierva —también aquí «*ancilla Domini*»— hizo a María Reina del Universo llevándola hasta los confines mismos de la Divinidad. Así, no existe para la razón honor más grande que el ser llamada a colaborar con la fe para engendrar el conocimiento teológico.

Ciencia teológica. Sapientia.

La teología —la ciencia de la fe— se constituye principalmente por este esfuerzo de la razón en descubrir y organizar en un cuerpo doctrinal las conexiones que los misterios revelados tienen entre sí y con las verdades del mundo natural. Los misterios cristianos unidos en un conjunto armónico y coherente ofrecen un sistema maravilloso en el que la majestad divina del Cristianismo, trascendiendo las formas de expresión humana, re-

basando los mismos esquemas lógicos y categorías racionales de su formulación, irradia en todo su esplendor.

Con sobrada razón advierte el P. Congar que los teólogos modernos apenas si se interesan ya por la noción aristotélica de ciencia, si no es por tradición de escuela. La cuestión de saber si la teología es o no ciencia, que tanto apasionó a los autores del Medievo y no ha dejado de suscitar de tiempo en tiempo un dispar altercado de opiniones, no es un problema muy urgente, menos todavía si lo que se busca es descubrir en ella la «*episteme*» del Estagirita.

En ella encontramos una metodología propia que, partiendo de ciertos primeros principios, llega a estructurar un sistema orgánico de verdades y podemos declararla legítima ciencia y aun denominarla «la metafísica del depósito revelado». Es ciertamente la forma racional y científica de la enseñanza cristiana. (7)

Más nos interesa subrayar sus relaciones con el saber humano natural y comprobar que constituye precisamente la Sabiduría que buscábamos. Es esa *Sapientia* elevada que sintetiza en sí y es capaz de agrupar a su alrededor, sin absorberlas, antes dejándoles su propia autonomía epistemológica, a las demás ciencias, por ser la que da la razón última y jerarquizadora de todas ellas.

Tal el papel de la teología frente a las sabidurías humanas de cualquier orden que sean.

Está en condiciones para dirigir las y juzgarlas porque las domina a todas por su objeto propio que es Dios considerado en cuanto causa final de todas las cosas; objeto que la teología considera con la seguridad especial y la excepcional certeza que supone el verlo no sólo como conocible por las criaturas —en lo cual coincidiría con la filosofía— sino también y sobre todo, por aquello que El ha querido revelarnos de Sí mismo.

La ciencia trascendente

Por esto, aunque la teología procede a la manera de una metafísica, pero el movimiento del filósofo y del teólogo acerca de las

(7) Cfr. art. «*théologie*» en D. T. C. t.15, col. 400.

verdades divinas va en sentido inverso. El metafísico parte de los efectos a las causas y sube desde las criaturas hasta Dios, por las vías del raciocinio de una dialéctica ascendente. El teólogo parte de la visión de la gloria y de la ciencia de Dios comunicada por la Revelación, mira primero a Dios como Fin de las criaturas y no desciende a ellas sino en la luz del Verbo. Es la mirada de Dios comunicada al hombre, decíamos antes. Se sitúa en el altísimo punto de mira de Dios y elabora sus especulaciones – *ad modum metaphysicae* – con la visión que Dios tiene sobre las cosas.

Es la verdadera ciencia trascendente a que aspiraba el orgulloso esfuerzo de la razón natural en el siglo pasado, tratando de descubrir en las causas mismas los efectos, con un proceso de lógica descendente. Conocer las causas independientemente y sin pasar por los efectos. Conato frustrado de la que se llamaba «filosofía trascendental».

Por el contrario la teología – nos dice Santo Tomás – «*propriissime determinat de Deo secundum quod est altissima Causa*» (I, q.1, a.6): estudia precisamente a Dios como Causa suprema, «que no es otra cosa que buscar en El la razón última de los hechos y acontecimientos, así naturales como sobrenaturales que, mirados desde este ángulo, son por igual de la competencia del teólogo». (8)

Es, pues, la verdadera ciencia trascendente y sintética. Solo Dios conoce directamente en Sí mismo, como en Causa suprema, todas las cosas: en su propia Esencia ve cómo todos los efectos proceden de allí por su libre querer divino. El comunica a los bienaventurados este conocimiento por el *lumen gloriae*: les hace ver su Esencia y en ella los objetos todos de la naturaleza y las ciencias.

La teología no llega a esta cabal y amplísima comprensión, pero al conocer por la fe

a Dios como Causa suprema y su Omnipotencia, al par que el designio según el cual obra al exterior, domina todo el ámbito de verdades sobrenaturales, partiendo de su centro, y domina también las cosas naturales, el sentido y orientación de las mismas en la medida en que estas quedan aclaradas por la luz riquísima de la Revelación.

Ve el encadenamiento de todo el orden natural y sobrenatural con su Causa final y ejemplar y partiendo de este Fin y Modelo esencial, puede deducir, si no todas las particularidades, sí los eslabones principales del orden sobrenatural que se extiende, dándole sentido, sobre el mundo natural.

La teología nos lleva a las *rationes aeternae* de todas las cosas, es decir, a las causas que encierran en sí el origen así como el destino final y la medida de la construcción maravillosa del Universo.

La fe que parecía suprimir la ciencia e invadir injuriosamente el campo de la razón para negarle sus fueros, nos pone en posesión de la ciencia más elevada. Con el vuelo de águila del Evangelista teólogo y trascendiendo todas las criaturas, reposamos en el Primer Principio, para contemplar desde allí, con el deslumbramiento de los ojos iluminados, todas las cosas en su armonía y unidad perfectas. Todas las cosas llegan a la unidad en Dios.

El teólogo ve todas las cosas desde el ángulo de Dios y de la destinación sobrenatural que las hará entrar en la Unidad Trinitaria y gusta por anticipado, si no por visión intuitiva total, sí por participación discursiva y parcial, el conocimiento de los bienaventurados. Es, con verdad, la *sapida scientia* o *sapientia*, según quería San Agustín.

Procede de la fuente de la Sabiduría, su objeto es Dios y trabaja con la luz de Dios. Es Sabiduría divina, pero es también ciencia humana. Como el Hijo de Dios que, encarnado en el seno de la Virgen, sin dejar de ser Dios, es también hombre verdadero.

(8) Cfr. J. B. Bonnefoy, «La théologie comme science et l'explication de la foi», en Eph. Theol. Lov. 15 (1938) pg. 515.